

From

[http://es.wikisource.org/wiki/Categor%C3%ADa:Obras literarias de Antonio Dom%C3%ADnguez Hidalgo](http://es.wikisource.org/wiki/Categor%C3%ADa:Obras_literarias_de_Antonio_Dom%C3%ADnguez_Hidalgo)

Categoría:Obras literarias de Antonio Domínguez Hidalgo

VOLANTERÍAS

ANTONIO DOMÍNGUEZ HIDALGO

EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO

Varios descendieron de la camioneta. Altos y bajos, gordos y delgados. Sus rostros furibundos de mirada exploradora trataban de ver en cualquiera a un sospechoso. Y caminaban como queriendo atemorizar a los despreocupados transeúntes... Su prepotencia reflejada en la mirada y apoyada en una pistola resguardada en la cintura, se abría paso entre la gente que evitaba temerosa cualquier contacto con aquellos hombres de la ley.

Entre tal aspaviento conducían a un individuo de triste aspecto: Moreno, mirada oscura, sonrisa muerta; arqueadas las cejas y gruesos los labios; rostro y corazón temerosos... sin explicarse porqué...

No había cometido el enorme robo del que lo hacían responsable, aunque el total de las conjeturas, de las sospechas, recaían en él. Sin embargo...

Había sido el último en salir de la oficina, lo reconocía; dos horas más de lo normal, pero él había permanecido aquel tiempo tan solo para terminar un trabajo que urgía. Muchos de sus amigos y compañeros así lo afirmaron. Nadie podía creer que él fuera un ladrón a pesar de las pruebas que existían en su contra. No obstante...

Los agentes lo habían aprehendido y lo llevaban a los separos de la procuraduría. Su deber era cumplir con la justicia y trabajar por ella. Ni ruegos ni súplicas de la esposa y de los padres del reo les importaron. ¡Tal era la rectitud de tan nobles y necesarios servidores públicos en una sociedad de fecundo comercio!

A los compañeros de oficina del acusado les parecía increíble que un hombre como él, hubiera robado, y sobre todo, cuando era uno de los empleados de mayor confianza en la institución, con tantos años de trabajo allí.

Ahora, aquel prestigio se derrumbaba. La honra ganada con tanta dedicación y esfuerzo se venía abajo. El señor gerente estaba indignadísimo. Había que darle un escarmiento al ladrón. La justicia debía obrar con mano poderosa.

El grupo de hombres atravesó por largos y oscurecidos corredores. Llegaron hasta un portón de fierro y uno de ellos, el más gordo y de más baja estatura, abrió. Hicieron que el preso se adelantara. De un fuerte empujón lo metieron.

El delincuente mostraba aún cierto aire de serena altivez.

—Con que muy valiente... ¿No? —dijo uno encarándosele.

—¡Aquí vas a desembuchar la verdad o te rompemos la madre!— Rabió el otro que aparentaba ser muy malo. Los ojos del detenido resplandecieron de ira al escuchar aquella ofensa. Dos lo sujetaron de ambos brazos y el más fornido de todos descargó un puñetazo en el estómago del preso.

—¡Vas a confesar, sí o no! ¿Quiénes fueron tus cómplices? ¿Dónde está el dinero? ¡Habla! ¡O quieres que te demos más fregadazos! — el prisionero se retorció de dolor. El fornido siguió dándole golpes. Uno... dos... tres... muchos más... y a cada pregunta el reo contestaba negativamente. Los hombresbestias lo martirizaban como si trataran de obligarlo a reconocer la falta no cometida, como en tiempos de la Inquisición.

El acusado no pudo resistir por más tiempo aquella lluvia de golpes y perdió el sentido. Se desplomó y quedó tendido en el mugroso piso. El fornido todavía le dio un puntapié...

Varios días de constantes sufrimientos pasaron; varios que fueron como siglos, como eternidades....

El reo estaba decidido a reconocer los cargos que se le atribuían. Eran preferibles algunos meses de cárcel que un día más de tortura: Nada más de recordar el tanque de agua sucia, el excusado lleno de excremento y orines, los toques eléctricos en los testículos, se estremecía.

El recluso se había transformado en un guiñapo. La barba crecida, amarillos los ojos, temblorosos y entre abiertos los labios; adolorido, amaratado, casi muerto...

En el rincón de la celda maloliente y oscura se hallaba cuando el portón se abrió y dos hombres entraron sonriendo:

—¡Te salvaste cabrón! ¡Ya cayeron los verdaderos ladrones! —El reo enarcó lo más que pudo las cejas...

—¡Qué! —exclamó sin poder decir otras palabras...

—¡Vas a quedar libre...! —y conducido por los celadores el acusado salió, fue llevado hasta unas oficinas y allí, después de los trámites reglamentarios lo declararon libre de cargos.

Un individuo despótico le dijo algo que él, tan emocionado, no alcanzó a comprender... que le código... que la ley... que la sociedad...

Al final sólo entendió que le decían:

—Dispense usted...